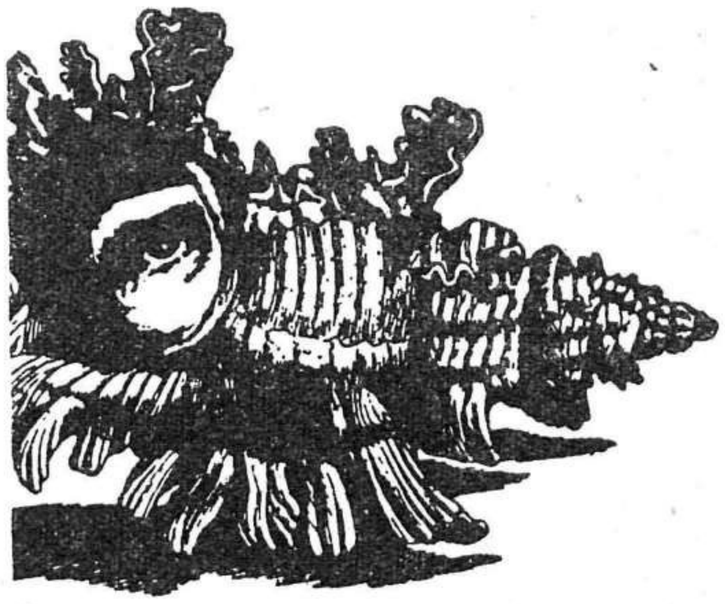
LEOPOLDO DE LUIS: *Poesía aprendida*. Editorial Bello, 1975. 251 págs. Ø12×16Ø.

Ocurre con frecuencia que en la obra crítica de un poeta leemos al poeta y no al crítico. Un poeta que habla de poetas, decimos, y nos disponemos a leer lo que siempre tiene algo de delicada biografía y secretas confesiones ocultas bajo la crítica de la opinión y del pretexto.

Aquí, fuera de algunas líneas personales o melancólicas, Leopoldo de Luis se esfuma desde la primera página y nos lega un recorrido poético a través de tres generaciones problemáticas, nacidas del desastre: la del 98, la del 27, la del 36. En él no hay intención selectiva, sino reunión de trabajos dispersos que no llegan a componer un estudio completo, ni un análisis de la época, ni una fuente de directrices y síntesis de corsetería. No hay tampoco rigor —cosa que el crítico no se puede permitir pero sí el poeta, cuyo criterio es siempre lujoso y puede ser enriquecido por la irresponsabilidad o la vivencia arbitraria—, innecesario en un libro que no aspira a ser demostrativo sino a construirse con elementos de aquí y de allá: interpretaciones de poemas de intención discutida, análisis de algunos temas dominantes en cada poeta, lúcidas glosas, incursiones parciales en los enigmáticos feudos de los adjetivos, en los abismos submarinos de un oxímoron...

Dentro de esta miscelánea, es uniforme la interpretación subjetiva, pero llena de elementos lógicos, demasiado lógicos a veces, como cuando se acerca a algunos poemas de Machado o de Dámaso, cuyos sentidos son muchos y válidos y la teoría es sólo arena, coherente y movediza, como todas las artes poéticas. Los estudios dedicados a cada autor son bastante desigua-



les: algunos concienzudos y largos; otros, excesivamente breves.

El apartado dedicado a la generación del 98 agrupa a dos poetas generacionalmente puros (Unamuno y Machado), otro de identidad más ambigua (Juan Ramón), y un cuarto que, hasta ahora, gozaba de bastante independencia: León Felipe. La explicación al noventiochismo de León Felipe es de una lógica abrumadora y, por ello, discutible. La poesía apasionada y problemática por España, cantada a través del símbolo del Quijote, no es, a mi parecer, razón suficiente para ubicar a León Felipe dentro del 98, ya que responde a motivaciones bien distintas, en origen e intención, a las de Machado y Unamuno. Pero el utilitarismo y el grado de entelequia adquiridos por esta generación permiten alargarla o acortarla sin alterar su ya imprecisa naturaleza.

De la generación del 27 los trabajos más interesantes y emotivos son acaso los dedicados a Dámaso, Aleixandre y Altolaguirre, sin olvidar los referidos a Jorge Guillén, Gerardo Diego, Emilio Prados y Max Aub. Faltan, como se ve, sus tres mejores hombres: Alberti, Lorca y Cernuda, cosa que ya previene Leopoldo de Luis en una nota previa, y que —aun cuando el libro no pretenda ser exhaustivo— deja un vacío irrellenable en la generación.

En cuanto a la generación del 36, reúne a trece poetas, de tal disparidad en ocasiones que lo único que parece unirlos es la edad o los acontecimientos que los rodean. «Una generación truncada», dice Leopoldo de Luis. El término «generación» no deja de ser siempre enigmático cuando salta de su ámbito social y anega el campo literario. Una alegoría explica en este caso lo que pudiera parecer arbitrario: unos viajeros de autobús —la generación del 36 en pleno—, una parada —la guerra civil—, y una reanudación del viaje —la dispersión ideológica—. «En una generación coinciden las formas de vida, dice Ortega. En la del 36 puede que coincidieran las formas de vida, pero no coincidieron las formas de muerte.» A esta cita habría que añadir otra, imprescindible: «... conveniencias de distribución y de espacio me han llevado a reunir en este capítulo trabajos en torno a nombres... que sólo cronológicamente los puedo considerar en la que empieza por llamar dudosa generación del 36, cuyas ideas centrales, si en todas las generaciones presentan una parte movediza, son en ésta disímiles, y hasta contradictorias, entre unos y otros de los poetas que cronológicamente abarca.»

La floresta recoge, así, a Miguel Hernández, Carmen Conde, Leopoldo Panero, Díaz-Plaja, Bartolomé Mostaza, Cremer, Cela, Celaya, Garciasol..., a todos los cuales les dedica Leopoldo de Luis estudios siempre inteligentes, aunque benignos y circunstanciales en algún caso.

A este tomo se unirá un segundo que recogerá a poetas más próximos (en el tiempo) a nosotros.

LLD